



*enplenitud.com*  
*para jóvenes de cualquier edad...*



# *Viejos Papeles*

**Marce Contreras Mondaca**

Aprende mas técnicas creativas en:  
<http://www.enplenitud.com/seccion.asp?seccionid=160>

¡Execrables aspirantes!

Mi madre sería un buen sargento, tiene un corazón de oro en un engarce de granito

## Erich María Remarque

La fila avanzaba un paso a cada nuevo joven que era despachado por el sargento López. Este se sentía rebosante de orgullo en su puesto, sentado en una silla ridículamente pequeña para su cuerpo de gigante, la gorra levemente inclinada hacia adelante, con la visera dejando entrever apenas unos ojos negros y brillantes, estudiadamente crueles, separados por una gruesa nariz morena rematada en unos agresivos mostachos de carbón.

Detrás de su amplia espalda brillaba el patio rebosante de sol y más allá, los prados del Campo de Granadas invitaban a tender el cuerpo y el espíritu con la cara hacia el cielo de fúlgida turquesa.

-¿Cómo te llamai vos?-Interrogaba con voz de trueno a un muchacho flacuchento que temblaba ante su mirada de cruda reconvención.

-Juan...Juan Prado, mi...mi cabo.

-Sargento- Corrigió con orgullo mientras sus manos, torpes en el manejo de la pluma, garabateaban con letra bamboleante el nombre del recluta. -Donde estudiái vos- preguntó sin acento de interrogación en la voz.

-¿Cómo, mi teniente?- titubeó el muchacho.

-¡Sargento, animal ¡-Rugió López- ¡Qué porquerías estos estudiantes¡...!Que dónde estábai, en qué escuela te pregunto;

-En ninguna escuela, mi sargento-corrigió, más serenado el muchacho- En el Liceo ...

Las manos del sargento se detuvieron y levantó la vista dispuesto a pulverizar con la mirada al patán que se atrevía a corregirlo, pero se detuvo.- Al fin... estos estudiantes, ¡ qué diablos ¡, saben más que uno de estas cosas -se dijo, resignado- ¿En qué Liceo, entonces?.

Así prosiguieron las preguntas y respuestas, interminablemente, bajo un sol de fuego. Algunos respondían con viveza, hasta conocían el significado de las jinetas doradas de sus hombros, pero otros eran verdaderos jeroglíficos para hacerlos contestar bien.

Al fin, después de cinco horas de trabajo agotador, extendió las piernas por debajo de la mesa e insensible a los quejidos de la silla se estiró hinchando el tórax hasta hacer peligrar las costuras de la blusa.

Más de doscientos estudiantes de diferentes puntos del país habían llegado a hacer su servicio militar al Regimiento de Ingenieros Número Aconcagua, de Quillota.

Ya López había rechazado a diez por lo menos y el médico ahora estaría descartando a los demás que debían completar otros diez.

-¿Qué soldados vamos a sacar de estos alfeñiques añiñados?- Comentó despectivamente.

-Estos no tienen para qué hacer el Servicio, no sé para qué diablos los traen- Respondió el cabo Sanhueza que estaba convencido de que todos los estudiantes eran ricos y felices.

El sargento López enroscó las puntas de sus bigotes entre los dedos, después se paró pensativo y se alejó bamboleándose, embutido en sus enormes polainas. La vez anterior que hubo aspirantes él se las había arreglado para enfermarse gravemente por un mes, conseguir otro mes de permiso para reponerse y al tercer mes ser enviado en comisión a Santiago, pero ahora había sido imposible huir, tendría que instruir a los odiados aspirantes en el manejo de las armas. Les tenía temor por sus palabras difíciles. A los conscriptos del año les podía hablar como se le viniera en gana, pero a estos no, se les debían decir los términos exactos y bien pronunciados, bajo pena de ser corregido compasivamente de palabra o por un brillo entre burlón y despectivo en los ojos. Además sentía cierta pequeña envidia palpitando en su interior, porque ellos habían obtenido la educación que él no pudo alcanzar y que en tres meses pondría en los hombros de ellos las jinetas que a él le costaron tantos años de lucha y sacrificios.

-¡Malditos estudiantes ¡- Con estas palabras remató sus pensa-

mientos y el plato de porotos que tenía delante.

En la tarde, luego de su primer almuerzo en el cuartel, los nuevos reclutas, vistiendo todavía sus polícromas ropas civiles, fueron formados en el patio para escuchar las palabras del capitán Arce.

Este tenía un aspecto imponente, alto y macizo, poseía la costumbre de inclinar un poco los hombros hacia adelante lo que le daba la apariencia de un patriarca cargado de experiencia. En su cara morena y musculosa había un reflejo de su carácter firme y bondadoso, sin embargo, su característica fundamental estaba en su voz, gruesa y varonil, con un leve dejo arrabalero que hacía pensar en exóticas aventuras. Con esa voz y sin necesidad de levantarla mucho, era capaz de hacer vibrar en una orden hasta al más lejano recluta.

A espaldas de la fila los álamos del Campo de Granadas susurraban sordamente como el mar lejano.

El capitán, paseándose con las manos atrás, comenzó su discurso:

-Jóvenes conscriptos, habéis llegado hasta este lugar para cumplir con el deber ciudadano de todo hombre que se precia de tal...A las puertas del cuartel quedaron vuestros juegos de niños...De ahora en adelante sois hombres, individuos con responsabilidades, vuestras primeras responsabilidades en esta nueva etapa de vuestra existencia...La vida que ahora iniciáis es muy dura. A cada uno se le exigirá el máximo de su rendimiento porque sabemos que lo podéis dar porque sois seleccionados física e intelectualmente...Pasaréis privaciones y trabajos a los que no estáis acostumbrados, pero vuestros instructores procurarán, en lo posible, hacer feliz vuestra estadía y para ello bastará con que pongáis el máximo de empeño y esfuerzo para hacerlo todo perfecto...A vuestro lado tendréis a un grupo de hombres que no han tenido la suerte de vosotros de haber podido recibir una educación esmerada, pero debéis respetarlos y obedecerles porque poseen algo que no se aprende en libros y que es la experiencia de la vida.

Quedó en silencio un instante y luego preguntó:

-¿Alguien desea hacer una pregunta?

Sólo respondió el rugido sordo de los álamos y el ronquido ve-

loz de un vehículo en la calle.

-Bien entonces. Buena suerte, jóvenes.

Se despidió saludando militarmente a los conscriptos y después, dirigiéndose a los clases.

-Los instructores pueden retirar las compañías.

Y con paso largo y digno, como si revistara a un glorioso ejército con la vista se alejó por el patio hacia el Casino de Oficiales. A los conscriptos los había impresionado más la parte en que el capitán se refirió a la dureza de la vida de cuartel, esto alimentaba el temor que sentían por aquellos hombres rudos y gritones que serían sus instructores. Estos, en cambio, recordaban con cierta vanidad la última parte del discurso.

El sargento López, consciente del terror que despertaban sus bigotes amenazadores y su vozarrón de trueno, procuraba ser bien visible lo que no era difícil dadas las magnitudes de su cuerpo. Pero estaba ausente; maquinalmente daba órdenes y gritoneaba a todo el mundo, pero su mente estaba ocupada todavía por las palabras del capitán Arce: "Ellos poseen la experiencia de la vida".

Cierto, cuántas veces lo había pensado y había sentido no tener una sólida educación para emplear mejor ese conocimiento, cuántas veces había sentido cosas que en su limitado vocabulario era incapaz de expresar fielmente; cosas que otros sabiéndolas por libros las podían decir como libros.

Pasaron los días. Los aspirantes aprendían rápidamente, pero para tocar su amor propio y hacerlos dar más aún, nadie encontraba bueno lo que hacían.

Al poco tiempo el sargento López era vastamente conocido entre los reclutas por su vocabulario, pródigo en palabras de grueso calibre que empleaba en forma tal que se volvía pintoresco, además poseía un carácter bondadoso y sensible que se empeñaba, sin mucho éxito, en ocultar tras su rudo exterior.

-Entonces- explicaba un día a una escuadra- el ángulo que se forma entre la sombra y el minuterero se parte por la mitad y se encuentra el Norte.

-O sea que el ángulo se dimidia- observó un aspirante.

-¿Pa qué tanto?. ¡ Pártalo por la mitá no más, ño ¡.

Unas risas contenidas lo informaron de que había dicho algo mal y por dentro se sintió tan cohibido que no pudo encontrar el error y en ese momento se oyó el pitazo de cambio de instrucción.

Y no fue la única vez que demostró su ignorancia. Hubo muchas otras que hirieron su delicada sensibilidad hasta constituirle un serio problema al que halló solución una tarde.

Los conscriptos después del rancho se juntaban en la Cancha de Obstáculos y allí, tendidos en el césped conversaban o dormían hasta que la corneta anunciaba término del descanso.

Esa tarde el sargento López buscaba a alguien en la Cancha y lo encontró en un grupo que mientras se refrescaban los pies en una acequia zurcían calcetines y discutían sobre Filosofía y Literatura.

-¡ Aspirante Fernando Bravo ¡- Gritó. El nombrado sacó las piernas violentamente del agua mojando la orilla opuesta y embutió los pies húmedos en las botas sin acordonárselas y corrió hacia él.

-¡ Firme, mi sargento¡.

-Arréglate las botas- ordenó y después le dijo en voz más baja:- Vamos a conversar en la Guardia.

Allí se sentó el sargento quien, retorciéndose sus grandes manos morenas comenzó.

-Mira, tu eres profesor, ¿no es cierto?.

-Todavía no, mi sargento, estudio Pedagogía...

-Bueno...esteeee...bueno, tú comprenderás que pa mi es fregao hacerles instrucción a ustedes que...saben tanto, puh- Mientras hablaba hacía círculos y enfáticas figuras en el aire- Así es que había pensado ...eeeh...tomar unas clasecitas. Te pagaría bien, lo que me cobraras, pero, eso sí...esto tiene que quedar entre los dos nada más.

Al levantar la vista se encontró con los ojos del conscripto y le pareció ver en ellos un brillo burlón y victorioso. Tal vez fuera idea no más porque el muchacho respondió como si tratase con un alumno común y corriente.

-No hay necesidad de pago, mi sargento; cuando usted me ordene comenzaremos y le doy mi palabra de que nadie lo sabrá,

aparte de nosotros dos.

-¿Qué te parece desde mañana?

-A su orden, mi sargento, mañana empezaremos.

-Bien – terminó López recobrando su tono habitual- !Aspirante Bravo, puede retirarse.

Cuando el conscripto se fue el sargento comenzó a arrepentirse de lo hecho, seguramente Bravo les contaría a todos lo que hablaron y lo convertiría en el hazmerreír del regimiento. Pero nada de eso sucedió, el aspirante cumplió su palabra.

En las tardes, luego del rancho, a la sombra de los árboles de la Guardia o sentados en los palos del Parque de Materiales o paseándose por los corredores del pabellón de Telecomunicaciones, las clases tenían lugar. El sargento López aprendía rápidamente.

-Más sabe el Diablo por lo viejo que por lo diablo- Replicaba con fingida modestia cuando su profesor alababa sus progresos.

Al poco tiempo todos habían notado un cambio en sus costumbres y no sabían a qué atribuirlo.

El aspirante Bravo, conocedor del secreto, sólo sonreía al escuchar los comentarios al respecto.

Pero el sargento López también apreciaba un cambio misterioso en los demás. Sus compañeros parecían huirle y sentirse molestos en su compañía. Cierto es que unas cuantas veces había corregido una palabra mal dicha o un término mal empleado, pero no había pasado de allí, sin embargo hasta los conscriptos parecían haber trocado la simpatía que antes le demostraban, por una franca aversión.

Y es que el sargento López de ahora no era el mismo hombre de pintoresco vocabulario, lleno de modismos y palabrotas, sencillo y bonachón que hacía las delicias de sus compañeros y conscriptos cuando hablaba. El sargento López actual era pedante y ridículo, ya no decía chistes obscenos ni cantaba canciones capaces de sonrojar a un pirata. Se dedicaba ahora a corregir a los demás suboficiales llamándolos vulgares e incultos. En sus reuniones de amigos apenas probaba el vino y cuando encontraba una oportunidad se lanzaba a disertar como

papagayo sobre las excelencias de la filosofía de Kant o el drama shakesperiano.

En una de las obras clásicas que le había prestado el aspirante Bravo, halló la palabra "execrable" que tintineó en sus oídos hasta formar parte de su rebuscado vocabulario nuevo.

-Ese manejo que usted ha efectuado, mi aspirante, podemos decir desde un punto de vista técnico militar, completamente execrable aunque susceptible de modificaciones ulteriores que pasaré a detallarle brevemente...

Con semejantes discursos el sargento López estrechaba cada vez más el círculo de sus simpatizantes y, aunque le producía vanidoso placer hablar en barroco, sentía, muy dentro, un deseo palpitante de gritar y blasfemar como antes.

Un día de principios de marzo, al pasar la Orden del Día oyó su nombre. Le tocaba guardia al día siguiente. Se hubiera soltado en juramentos un tiempo antes porque precisamente al día siguiente cumpliría 43 años de vida y había planeado celebrarlo apaciblemente en su hogar. En épocas anteriores sus cumpleaños eran famosos en el bar del Casino de Suboficiales.

En la tarde leía en la oficina de la Guardia, con las manos en el casco para refrescarlas cuando alguien se paró en la puerta. La luz de afuera le impedía distinguir más que la silueta del recién llegado, pero lo reconoció como el aspirante Bravo.

-Permiso para hablar con usted, mi sargento- pidió el recluta. López hizo un gesto afirmativo y poniéndose de pie se caló el casco e invitó al conscripto a salir a conversar fuera. Llevaba éste un paquete cuadrado de regulares dimensiones al que daba vueltas entre sus manos mientras hablaba.

-Bueno, mi sargento, tenía que decirle que entre todos los de su escuadra le compramos un regalito- explicó el conscripto un poco turbado- Supimos que hoy es su cumpleaños y en esta forma le agradecemos todos sus esfuerzos por nosotros.

Le tendió el paquete y después se estrecharon las manos.

Parecía que el recluta tenía algo más que decir y no se atrevía. López aguardó un momento y después lo alentó.

-Dígame lo que desea decirme, mi aspirante, no tema.

El otro sonrió al ver sorprendidas sus intenciones y con embara-

zo respondió.

-Es que...bueno, perdone, mi sargento si le parece que faltó a la disciplina hablándole como deseo hacerlo...

-Di no más- contestó el sargento con la curiosidad excitada por el largo preámbulo- Ya sabes que hay bastante confianza entre los dos.

-Sí, mi sargento, precisamente por eso me ofrecí a traerle el regalo y porque mis compañeros y los demás suboficiales... eeehh...se sienten un poco descontentos con usted...

-¿Y por qué ?- interrogó ansiosamente López.

-Porque usted, mi sargento, ha...ha cambiado mucho y se ha puesto pedante y demasiado suave para hablar y desempeñarse...Nos agradaba más cuando era más sencillo...Francamente nos cuesta obedecerle ahora...

Se detuvo con la cabeza baja como temeroso de haber ido demasiado lejos. El sargento López también callaba, pero de pronto sonrió y dijo.

-Corre a decirles a los hombres de mi escuadra que los quiero formados aquí dentro de medio minuto.

El conscripto partió a la carrera y pocos segundos más tarde la escuadra silenciosa se disponía a escuchar un sermón repleto de frases altisonantes y ridículos gestos teatrales.

El sargento se paseaba con el regalo aún envuelto entre las manos.

-Aspirantes de todos los demonios – comenzó y lo siguiente del discurso fue un montón de palabras de calibre cada vez más grueso destinadas a decirles que les agradecía su porquería de regalo que todavía ni sé qué es.

Al principio en las caras de los reclutas se pintó el asombro y más tarde la satisfacción. Ese sí que era el sargento López. Cuando la fila se hubo disuelto, el sargento López se dirigió al Casino de Suboficiales. En la escala se detuvo y con sus dedos torpes desenvolvió el paquete apareciendo ante sus ojos un hermoso ejemplar de Don Quijote de La Mancha. Abrió la tapa y en la primera hoja, llena por ambos lados por firmas en todos los colores se destacaba una letra clara y firme, la del aspirante Bravo

”La tercera escuadra de la Segunda Compañía de Zapadores del Regimiento de Ingenieros 2 Aconcagua dedica a su sargento, Juan López esta muestra de aprecio y agradecimiento por la manera en la que ha transformado un grupo de civiles indisciplinados en militares dignos de lucir las jinetas de cabos que alcanzamos en la última revista de reclutas”

-En realidad- pensó- mis muchachos son buenos.

Las páginas del libro se dieron vuelta y pudo ver atrás, en la última hoja, escrito con la misma letra clara y firme de su improvisado maestro.

”Al más inteligente y aprovechado de mis alumnos”. –

Firmado . Cabo Aspirante Fernando Bravo

El sargento López dio vuelta la cara hacia la pared y pasándose la manga por los ojos nublados exclamó.

--¡ Demonios de aspirantes...hasta saben como emocionar a un sargento ¡... -¡ Execrables, sin duda¡...

Valparaíso, Chile, abril de 1957

## VIEJOS PAPELES

Justamente ahora deben estar cumpliendose cincuenta años, lo sé porque dentro de unos días vamos a cumplir ese tiempo de que nos conocimos mi compañera y yo y el encuentro conmigo mismo sucedió poco antes de aquel domingo.

Entonces me aburría solo, cuidando una casa de gente que se hallaba de vacaciones, en el Sur. Era una tarde, posiblemente de sábado, en la que descubrí en un estante repleto de otras cosas, un montón de revistas que me puse a hojear y en una estaba mi nombre, con un cuento escrito por mí . El dibujante de la revista se inspiró en mis palabras y nos representó a los personajes, por supuesto sin conocerme, ilustrando la página. Después la revista se me perdió entre las demás y dejé la casa a sus dueños que regresaron.

Hace poco, también una tarde con aburrimiento y soledad, pero en Santiago, fui a la Biblioteca Nacional sumergiéndome a través de una pantalla, en viejos archivos por muchas horas y lo encontré, aquí está, te lo adjunto.

Claro, entonces, hace 50 años yo me preguntaba qué sería de

---

Inscríbete ahora en  
nuestros cursos gratis

Flores de Bach

Edward Bach y su obra, las  
Flores de Bach

Fitoterapia

Homeopatía

Terapia por los chakras

Terapia vibracional holística

Relexología

Cromoterapia

Ayurveda

Técnicas Básicas de Yoga

mi vida y en el cuento era un jovencito flaco y desorientado, pero que ya tenía una vocación: enseñar.

Tuve, pues, dos emociones aquella tarde lluviosa y pesada, en Santiago: reencontrarme con el dibujo que alguien hizo pensando en mi obra y darme cuenta de que era yo mismo el que por fin, medio siglo después, había encontrado esa vocación.

Descubrí que, curiosamente, nos parecíamos el Sargento López y yo en esa ilustración.

Si quieres, cuando nos veamos de nuevo, te leo el cuento que ya los años borraron del archivo en la Biblioteca, pero que conservo entre mis papeles allá, en mi casa. Entonces conocerás al viejo soldado que deseaba aprender y a mi que, sin saberlo, quería ser lo que soy.

San Juan, Argentina, setiembre de 2009

MARCE CONTRERAS  
MONDACA